

**Fuller, N. (2001). No uno, sino muchos rostros. En M. Viveros et al. (Eds.), *Hombres e identidades de género* (pp. 267-370). Editorial UNAL.**

**Valeria Lucia Coloma Ponce**

Estudiante de Estudios Generales Letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

e-mail: a20212005@pucp.edu.pe

Anthropology student at the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP).

e-mail: a20212005@pucp.edu.pe

“No uno, sino muchos rostros” se basa en la investigación que realizó la antropóloga Norma Fuller en el año 2001 para descubrir cómo se construye la masculinidad en el Perú. Los varones que participaron fueron de Lima, Cuzco e Iquitos, con edades desde los 23 hasta los 55 años. Este trabajo resulta de mucha importancia debido a que se centra en el género masculino de tres regiones del Perú, cuya presencia no se ha observado mucho en los debates de género. Sin embargo, en el texto se explica cómo es el proceso de la constitución masculina en el Perú, la cual muchas veces actúa de manera violenta, algo propio de una sociedad machista, cuyo sistema es patriarcal. A pesar de que los hallazgos del texto son de hace 22 años, actualmente, en el Perú, aún se puede evidenciar cómo el machismo está presente en la sociedad, cómo los hombres se siguen construyéndose para llegar a la “verdadera hombría” descrita en el libro. Los varones, desde temprana edad, aprenden pautas, interiorizan creencias y comportamientos hasta llegar a la tan esperada hombría y ejercer “la verdadera masculinidad, fuerte y viril” (Fuller, 2001) la cual perjudica tanto a la mujer como a el hombre en mayor o menor medida. En los primeros cuatro párrafos de la reseña, se desarrollarán los argumentos del libro, los cuerpos de representación de la identidad masculina, de la sexualidad del cuerpo, la sexualidad y la consagración de la hombría. Finalmente, presentare una crítica y reflexión acerca de la visión del hombre acerca de la paternidad, la concepción de mal padre y la consagración de la hombría que es el ser padre.

A lo largo de los años, como menciona Fuller (2001), siempre el modelo de todo ser humano ha sido el del hombre, dominando el concepto de mujer, siendo esta relegada a un menor plano y considerándose menos importante. Es así como se puede identificar a la identidad masculina en el país en torno a tres cuerpos de representación: la natural, la doméstica y la pública. La primera, como señala Fuller, se respalda en la biología pseudocientífica, que argumenta que el hombre es biológicamente más fuerte, y con una sexualidad más activa y desenfrenada que el de la mujer. Asimismo, el componente cultural de esta primera representación es la verdadera hombría, ya que se alcanza en la madurez del varón. Luego, está la esfera doméstica, en donde la mujer tiene más presencia, por el hecho de que tiene roles asignados a la cocina, el cuidado y el orden del hogar. “La familia forma parte de esta esfera, puesto que es la muestra de que el hombre se reproduce: pasó la prueba de fecundar a una mujer y es la autoridad de su núcleo” (Fuller, 2001). La masculinidad, en este espacio, tiene que recibir el reconocimiento de la esposa para alimentar el ego del varón, pero no puede ser controlada por ella porque lo feminizaría. Finalmente, Fuller concluye con la dimensión pública que depende de los recursos materiales, la acumulación social y el prestigio que tenga el hombre para ayudar a sustentar a su familia. Esta esfera es estructuralmente superior al ámbito hogareño. Es así como, en las tres esferas, una característica del varón es la fuerza “natural” que posee para desempeñarse como el protector del hogar y, al mismo tiempo, en el ambiente público, es él quien asume un rol de jefe debido a su fuerza moral, que lo ayuda a tener recursos destinados a proveer a la familia.

Por otro lado, una de las vías que tiene el varón para expresar su masculinidad es a través de su cuerpo. A pesar de que su cuerpo no es materia propia de la naturaleza, ya que está sujeto a representaciones sociales, los hombres creen que las diferencias corporales entre lo femenino y masculino son absolutas y universales. Como indica Fuller (2001), comparando la fortaleza de hombres y mujeres, el varón cree que la fuerza de la mujer está más ligada a la emotividad, pues sirve para resistir adversidades, mientras que la suya está ligada más a la fuerza del trabajo y la intelectualidad. Otra dualidad que se forma en torno al género es la constitución del cuerpo, ya que el femenino se asocia con la suavidad, debilidad, pero, al mismo tiempo, el deseo, la pasividad y la belleza. Debido a eso, un varón estéticamente bello es un varón feminizado, porque está haciendo uso de un atributo que solo las mujeres deberían poseer: la capacidad de ser bello. Hay varones que canónicamente son bellos, por su piel blanca o los ojos claros, y, por tener la virtud de la belleza, se alejan de alcanzar la verdadera hombría.

La sexualidad, en el proceso para lograr la virilidad masculina, también tiene cuerpos de representación: el mecánico, el higiénico, el religioso y el romántico. Fuller (2001) concluye que el primero es el mecánico, aquel que piensa que el semen tiene que ser desfogado, porque su almacenamiento puede intoxicar al cuerpo. Luego, el higiénico es el que considera que la actividad sexual es muy demandante mental y físicamente por la energía que se pierde, como también la prostitución

y homosexualidad significan prácticas sucias y peligrosas. Esta representación es más común en sectores populares de Lima y Cuzco, según Fuller. El religioso es mayormente de Cuzco, ya que en Lima e Iquitos, poco a poco, el tema de la sexualidad como tabú ha ido reduciéndose. El religioso trata de priorizar el autocontrol y la razón: como su pensamiento conservador le indica que las relaciones sexuales solo tienen a la reproducción como fin, por lo que el erotismo individual puede ser una vía para la excitación, pero tampoco la mejor, puesto que uno se estaría encerrando en sí mismo. Finalmente, el romántico es el que relaciona la sexualidad con el amor hacia su pareja. Como menciona Fuller (1998), el discurso moderno de que las relaciones sexuales por placer no tienen nada de malo influyó en esta última representación. Esta figura está presente en sectores medios de la sociedad de las tres ciudades. Teniendo en cuenta cómo son los tipos de varones viviendo su sexualidad, es oportuno describir sus diferentes prácticas sexuales. La iniciación en la actividad sexual empieza en la pubertad, cuando se da la primera eyaculación, siendo la primera práctica la masturbación. Para los paradigmas sociales, puede ser peligroso porque el joven no está desahogando sus instintos sexuales en una mujer. Después de ello, el hombre está en la posibilidad de adoptar una vida sexual activa sin recibir ninguna crítica social, ya que, conforme este va madurando y acercándose a la adultez, sigue desarrollando la actividad sexual en la vida conyugal. Asimismo, esta sexualidad es la asociada al amor, la comunicación, afecto y respeto. Es así como nos percatamos que la construcción de la masculinidad está acompañada de varones que, desde distintas etapas de su vida, también se están construyendo como “hombre” que, en sus prácticas cotidianas, dentro y fuera de lo público, se resisten a tener “características femeninas” como el afecto, sensibilidad y pasividad.

Pasada la etapa juvenil, el varón llega a la consagración, momento en el que forma parte del sistema social. El espacio laboral es una dimensión de vida del hombre, ya que, al trabajar, demuestra ser capaz y responsable, lo cual le permite tener una familia y brindarle sustento. Los trabajos manuales, generalmente relacionados a la fuerza física, son hechos por hombres de sectores populares de Lima, que buscan poder ingresar a una institución educativa, mientras que en Iquitos y Cuzco, como menciona Fuller, hay menos expectativa de movilidad social (Fuller, 2001, p. 335). A pesar de que, en algunas ocasiones, la mujer también trabaja, se le considera un apoyo, porque el verdadero trabajo proviene del varón. Otra esfera que genera más inequidad de género es el matrimonio, este pacto conyugal que obliga al hombre a romper lazos con su etapa juvenil, con sus amigos, para dedicarse a mantener a la familia. La mujer es la encargada de introducir a su pareja al ámbito doméstico. Como el hombre está socializado para tener más presencia en el ámbito público, con sus amigos y su trabajo, el que la mujer lo incluya en tareas domésticas puede suscitar conflictos; como la infidelidad, donde la violencia, en muchos casos, es normalizada. Como fruto de las relaciones del hombre y la mujer, llega el primer hijo. A ese momento Fuller (2001) lo llama “la consagración final del hombre”, el ser padre. La masculinidad se alcanza porque fecundó a una mujer y pasó a ser el jefe de la casa, y, en el espacio público, el representante de su familia. Irónicamente, los hombres

que son solteros o malos padres son muy criticados por los varones, sobre todo los segundos. Autoras como ya la mencionada (2001) sostienen que eso se debe a que el varón considera que ejercer la paternidad es reconocer públicamente a su hijo, darle afecto y enseñarle aspectos morales e intelectuales importantes para la vida.

Analizando el texto, me centraré en criticar la visión del hombre acerca de la paternidad y la reflexión que ello sugiere, ya que esta es contradictoria. Mi primera opinión girará en torno a qué tan coherente es que un hombre ataque a un mal padre, si este, en sus prácticas machistas, también puede estar haciéndole daño a sus hijos y ser un mal padre. Asimismo, se refutará la idea de que un mal padre es aquel que no reconoce a su hijo en público, ya que, en el texto, Fuller (2001) menciona que los hombres, al embarazar a mujeres que no han sido sus parejas, tienen todo el derecho a desaparecer y no hacerse cargo. El segundo punto es una reflexión acerca de lo paradójico que es que el momento de consagración de la masculinidad sea la paternidad, cuando es la etapa en la que el hombre tiene más emotividad por sus hijos, aspecto que se relega a la mujer y a lo femenino. Ello conduce a mi siguiente crítica, respaldada por el sociólogo Nicolas Viotti, que está más dirigida a la amplia concepción machista de que los hombres no expresan sus sentimientos.

La lectura menciona que la prueba final de masculinidad se da en la vida adulta del varón, que es cuando él tiene un hijo y quien recibe más críticas cuando no ejerce una correcta paternidad. Es tanto el rechazo por el mal padre que se dice que “representa precisamente lo que un hombre de bien no debe ser” (Fuller, 2001, p. 353). De esa percepción sobre los malos padres, surgen dos de mis críticas. La primera es que el varón, consciente o quizás inconscientemente, juzga al mal padre, pero no al que no reconoció a su hija/o, la/el cual fue concebida/o fuera de su núcleo. En el subcapítulo “La matriz del género masculino: cuerpo y sexualidad” (Fuller, 2001), se describen las prácticas sexuales del joven que busca su masculinidad y se demuestra que ellos piensan que, si mantienen relaciones sexuales con una prostituta o un amante y la mujer queda embarazada, es culpa de ella, por lo que él no tendría por qué hacerse cargo. Considero que aquellos hombres que tienen una postura crítica de los malos padres no toman en cuenta que el abandonar a un/a hijo/a es negarle la posibilidad al futuro bebe de tener un padre presente, según el Instituto Nacional de Estadística e Informática - INEI, en el censo de 2017, se registró que hay 410 mil 834 hogares de madres solas con hijos/as menores a 18 años de edad (Alcázar y Ocampo, 2016).

Siguiendo la misma línea, una de las características más destacables del buen padre para los hombres entrevistados del texto es el reconocer públicamente a sus hijos (2001); sin embargo, creo que una de las más importantes es respetar la integridad física y emocional de estos. Un padre que somete a su familia a episodios de violencia doméstica no puede ser buen padre.

Como señala Alcázar y Ocampo: “La violencia contra la mujer es un gran problema que no solo tiene enormes consecuencias sobre las víctimas directas, sino que

perturba todo el ámbito familiar, y atenta contra el desarrollo pleno e integral de las niñas y los niños” (Alcázar y Ocampo, 2016, p. 9).

Las conductas machistas que se describen en el texto, desde creer que la mujer es un objeto de deseo hasta justificar violentarla, perjudican el orden y armonía familiar. En una de las últimas estrofas del libro, cuando se explica por qué la consagración de la identidad masculina en el Perú es la paternidad, se menciona que “está asociada con los sentimientos más profundos del ser humano, constituyendo una expresión de la necesidad de amar” (Fuller, 2001, p. 358). Es curioso porque el sentimentalismo va unido a la pasión, características de la psique femenina, que es frontera de la dureza y frialdad de lo masculino. Se supone que la masculinidad llega a la consagración cuando el varón es padre. En esa etapa, las pruebas de la juventud para demostrar fuerza y virilidad tienen que estar culminadas: se debe pasar por prácticas sexuales activas y desenfrenadas junto a obtener un trabajo para ser capaz, digno y responsable. Como el varón es un ser humano, aunque el sistema patriarcal intente destruir su sensibilidad, cuando se vuelve papá, la virilidad y fuerza se debilitan frente a su hijo/a, a quien quiere darle lo mejor y amarlo/a con su vida. El concepto de amar es tan importante y complejo que es difícil encontrar una definición universal de este, pero está vinculado con la pasión, la entrega, y el más profundo y sincero afecto. Ya no son características propias de las mujeres, sino que se vuelve algo que el hombre también puede sentir. Considero que, al llegar al nivel cumbre de la masculinidad, toca el extremo opuesto de lo que siempre quiso/intentó estar alejado: las características femeninas, ya que uno de estos rasgos es la emotividad, que aflora en el hombre cuando este tiene hijos. Entonces, todo el proceso de construcción por el que pasó desde niño para lograr la máxima masculinidad al momento de ser papá se derrumba porque logra interiorizar una sensibilidad que le permite ser empático y sentir que ama a otro ser humano, al que le quiere entregar lo mejor de sí. Esas intenciones y sentimientos son socialmente propios de las mujeres, pero el hombre que es padre, aunque no quiera, los adopta.

Considero que el reflexionar acerca de cómo el hombre, a pesar de vivir en un entorno que trata de privarlo de la emotividad, alcanza a sentir amor cuando ve a su hijo/a nacer, nos introduce a prestarle atención a la concepción de que el hombre no puede expresar sus sentimientos. En una sociedad machista como la peruana, se cree que mostrar sensibilidad es mostrar debilidad, que esas características son de mujeres. Según Viotti (2009), en un texto sobre cómo los hombres viven la emotividad como parte de rituales religiosos católicos, indica que adoptar una perspectiva de género nos permite comenzar a cuestionarnos temas como la redención de la masculinidad, la cual no se ajusta al modelo dominante (Viotti, 2009, p. 53). Ello confirma que, a pesar de que la sociedad machista trate de construir al hombre dotado de masculinidad, hay espacios y circunstancias (como el ser padre) que lo motivan a adoptar un comportamiento sensible. Me parece que las creencias antes mencionadas son fatales para el desarrollo del hombre, debido a que, en la vida, siempre van a estar enfrentándose a problemas, pero si reprime las emociones negativas que pueda sentir,

va a sufrir consecuencias dañinas . En la adolescencia, al menos en nuestra sociedad, es común que existan desbalances psicológicos en las mentes de los jóvenes. Según el último informe de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), 16 millones de adolescentes de entre 10 y 19 años vive con algún trastorno mental, lo que conlleva, en muchas situaciones, al suicidio (BBC, 2023). Si un varón adolescente reprime su tristeza, molestia, cólera o frustración y, además, no puede confiar en sus pares para contarles cómo se siente, porque sabe que, si lo hiciera, ellos podrían burlarse de él por no ser lo suficientemente masculino y fuerte mentalmente, esas emociones negativas contenidas se intensificarán. Por todo ello, la concepción de que “el hombre es fuerte y no llora” junto con las demás ideas de sociedades machistas, son crueles y, tristemente, son la base de socialización de muchos jóvenes que, entrando a ese sistema, se van destruyendo poco a poco.

## Referencias bibliográficas

Alcázar, L., & Ocampo, D. (2016). *Consecuencias de la violencia doméstica contra la mujer sobre el progreso escolar de los niños y niñas del Perú: un estudio a nivel nacional diferenciando por género*. GRADE.

Fuller, N. (2001). No uno sino muchos rostros. En M. Viveros et al. (Eds.), *Hombres e identidades de género* (pp. 267-370). Editorial UNAL.

Fuller, N. (1998). La constitución de la identidad de género entre varones urbanos del Perú. En T. Valdés & J. Olavarría (Eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 56-69). FLACSO.

Paul, F. (9 de marzo de 2023). “Hoy la depresión entre adolescentes no solo es mucho más frecuente, sino más severa, con mayor sintomatología y mayor riesgo suicida”. *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-64745414>

Viotti, N. (2009). Los hombres no lloran. *Ciencias Sociales y Religión*, (11), 35-58. [https://www.academia.edu/998001/Los\\_hombres\\_tambi%C3%A9n\\_lloran\\_Masculinidad\\_sensibilidad\\_y\\_etnograf%C3%ADa\\_entre\\_cat%C3%B3licos\\_emocionales\\_porte%3%B1os%20viotti](https://www.academia.edu/998001/Los_hombres_tambi%C3%A9n_lloran_Masculinidad_sensibilidad_y_etnograf%C3%ADa_entre_cat%C3%B3licos_emocionales_porte%3%B1os%20viotti)